

La juventud y su Dios

E.
MIRET
MAGDA
LENA

EN Francia se acaba de hacer una encuesta verdaderamente interesante sobre los jóvenes y la religión. Sin duda, no podemos transferir sin más los resultados de esta encuesta a nuestro país, pero podemos, al menos, ver un avance de lo que muy probablemente pasa, o está empezando a pasar, en nuestro suelo.

El trasvase de ideas, sentimientos y costumbres que se produce entre los jóvenes occidentales es grande, y las diferencias ideológicas por países cada vez son menores. Grandes medios de comunicación social como la radio, la revista, la televisión y el cine colaboran ampliamente a ello, lo mismo que el libro de actualidad literaria y doctrinal o el teatro de vanguardia. Así, ocurre que cada vez se unifica y amplía más la mentalidad de nuestra juventud, la cual se dirige mentalmente por ideas más generales y por temas más universales como la libertad, la justicia o la sencillez de vida.

Por eso me atrevo a esta generalización de los resultados, a partir de estos datos que deberán ser precisados sociológicamente en el futuro, pero que hoy bastarían para realizar esa primera aproximación a nuestra realidad.

Por otro lado, la presencia y número de jóvenes es decisiva en el mundo de hoy, de modo que el porvenir de la sociedad y de su orientación dependen en una importantísima medida de la actitud de la juventud.

Esa es la razón de la importancia que debemos atribuir a todo este núcleo de jóvenes personas que componen más del 50 por 100 de la población mundial del presente. Y por eso analicemos un poco más los datos franceses.

Desde el punto de vista religioso, el 79 por 100 de los jóvenes franceses entre quince y treinta años se declaran católicos de tradición. Sin embargo —y este es un dato curioso—, no todos los que se encuentran a gusto dentro de la misma —de esa tradición— se consideran creyentes, porque el 30 por 100 dicen no creer en Dios. Por eso comenta el periódico católico *La Croix*: "Hay que decir que quien reconoce pertenecer a una confesión religiosa, no por eso es hoy signo de que sea creyente". Es esto una novedad.

En 1967 solamente el 17 por 100 de los jóvenes decían no creer en Dios, y hoy —a los diez años nada más— ha aumentado casi el doble la cifra de los no creyentes.

Bajo otros aspectos, los datos aportados son significativos del poco interés juvenil por la práctica religiosa: a la Misa dominical sólo asisten todos los domingos el 7 por 100, y el 48 por 100 no

van nunca a Misa. Sin embargo, más del 80 por 100 han recibido la Comunión solemne (que realizan de adolescentes y no de niños) y la Confirmación. En cambio, la oración está en franco descenso y olvido. Solamente oran frecuentemente el 9 por 100, y no lo hace nunca el 45 por 100.

Y es que, por regla general, estos jóvenes franceses parecen estar preocupados sobre todo por lo inmediato y concreto: condiciones de vida, de trabajo, estudios, vivienda, ecología, pero no hay una conciencia clara de que esto requiera un verdadero y profundo cambio social (sólo el 6 por 100 se proponen claramente cambiar a fondo la sociedad), y desde luego no ven que el Evangelio les ayude ni a reformar los defectos actuales ni a transformar hondamente lo social. Lo que sí son es desconfiados con las grandes instituciones, se llamen Iglesia o burocracia estatal.

Pero ante estas estadísticas frías se pregunta uno: ¿Basta el número cuantitativo, hallado mediante la petición de contestación a unas breves preguntas más o menos de laboratorio, para representar la realidad viva de la juventud, sus íntimos y más profundos anhelos?

Yo, sinceramente, creo —como empiezan a pensar muchos sociólogos contemporáneos— que esto no es posible plantearlo tan superficialmente, que no hay común medida entre este procedimiento mecánico, que han difundido por activa y por pasiva los norteamericanos, y la realidad vital que se lleva en lo interior.

Por eso algunos perspicaces analizados de esta realidad viva se dedican a continuar este análisis reflexionándolo en profundidad y tomando para ello contacto con los jóvenes en un tú a tú personal, cosa que encuentran más convincente que unas desnudas estadísticas cuantitativas.

En primer lugar, estos investigadores hallan un fondo común en gran parte de nuestra juventud de hoy, que se manifiesta enmascarado a través de actitudes, costumbres y modos de pensar que superficialmente parecen significar otra cosa, pero estudiados cuidadosamente tienen un significado muy diferente del que aparentan. "Muchachos de largos cabellos, de ideas avanzadas; chicas desbordantes de vida, fanáticas del baile, el deporte o las motos; comprometidos otros en la política, la ayuda a los marginados..., manifiestan una necesidad de ir más allá, una sed y hambre de absoluto". Son aquellos "millares de jóvenes apasionados de la Naturaleza virgen, la ecología, los valores sencillos..., y que no aceptan de ningún modo que las guerras sean inevitables; son los que

luchan por la justicia, la dignidad y el respeto a todos los hombres y por las minorías o los sin voz", como dice en el periódico *La Croix* Michel Lépine.

Unos son cristianos y otros no lo son. Pero muchos llevan dentro de sí la vivencia de un "impulso creador" que en el fondo de sus conciencias les mueve a más y mejor con entrega y desprendimiento, aunque a veces intentándolo con ingenuidad y poca eficacia.

Creer en un "paraíso en la Tierra" que en ocasiones lo confunden con un paraíso artificial hecho de drogas, evasiones orientalistas o apartamiento social. Pero en el fondo anhelan algo distinto del prosaísmo cotidiano.

Y todos estos jóvenes tan distintos y aun aparentemente opuestos entre sí, ¿puede decirse que no creen en Dios? Lo que no creen es en el Dios que los mayores les hemos presentado bajo la capa justiciera del nacionalcatolicismo o envuelto en el ropaje de una bonachonería estomagante o de un escapismo iluso. Son de los que no aceptan un Dios con un nombre recortado ni con una figura antropomórfica, ni siquiera muchas veces el que se manifiesta con el tradicional nombre de Dios. Yo creo, sin embargo, que se sentirían a gusto estos jóvenes inconformistas con los grandes místicos de todos los tiempos que llamaban a Dios el incognoscible, el innominable o el silencio porque ninguna imagen ni concepto de los usados por los hombres religiosos de todos los tiempos les convencían.

Yo diría que uno no puede ser creyente en el Dios auténtico nada más que habiendo pasado antes por la experiencia del ateísmo. Sin este lavado de cerebro, sin ese inconformismo radical que salta por encima de todas las alienaciones por respetables como se presenten, no podemos unirnos creyentes y no creyentes en ese Dios previo, sin nombre, que es el "impulso creador" que está oculto en el centro de nosotros mismos y de todas las cosas, pero que demasiadas veces no sabemos desarrollar los hombres que nos titulamos religiosos.

Por eso la aparente desgana religiosa de estos jóvenes franceses está motivada por el Dios burocrático y profesionalizado que la religión les ha presentado y con el que no pueden estar conformes, como yo tampoco lo estoy. ■